

## Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón en videoconexión desde Milán, 7 de abril de 2020

*Texto de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019, pp. 75-84.*

Buenas noches a todos. Empezamos con una oración, pidiendo a la Virgen una ayuda particular para nuestros muchos amigos y familiares enfermos. A ella encomendamos también a nuestros seres queridos que han fallecido entre nosotros y en nuestras familias.

*Ave María / Gloria / Veni Sancte Spiritus*

Esta noche hemos decidido hacer la Escuela de comunidad por videoconexión permaneciendo cada uno en su casa con motivo de la emergencia sanitaria. Es un intento, pero espero que todo pueda proceder sin problemas. Esperemos que todos consigan conectarse y seguir el encuentro.

Llegado a un cierto punto del camino de la Escuela de comunidad sobre «La permanencia del acontecimiento en la historia», tuvo lugar un imprevisto. El coronavirus se coló en el camino que estamos haciendo. Es un imprevisto que nos desafía a todos. De hecho, todos estamos llamados a comprobar la consistencia de esta afirmación sobre la permanencia del acontecimiento cristiano ante los desafíos de la vida, y no en términos teóricos sino de experiencia. Por tanto, todos estamos ante la gran cuestión: ¿el acontecimiento de Cristo permanece en la historia? Pensando en lo que estamos viviendo, ¿dónde lo vemos suceder?

*El capítulo que estamos trabajando –lo acabas de señalar– habla de la Iglesia, de nuestra compañía, y dice con mucha sencillez y claridad cuál es su valor: nuestra compañía es el rostro de Cristo, la manifestación de Cristo, es el lugar donde encontramos a Cristo. El origen de la compañía está en un acontecimiento: «La pertenencia a la compañía [...] nace de un acontecimiento» (p. 82). ¿Qué pregunta me suscita esto? Ante todo, junto a la belleza que veo en nuestras comunidades, en los grupos de Fraternidad, en las Escuelas de comunidad, también hay dificultades. Y creo que esa dificultad a veces nace de una idea no dicha pero presente: que la unidad entre nosotros crece y se profundiza, sí, pero para eso hay que resolver antes una serie de cuestiones, problemas, dificultades. Llega uno nuevo (¿lo acogemos o no?), hay relaciones tensas que deben mejorar, ciertos vínculos son complicados, hay caracteres donde saltan chispas. Cada uno podría alargar su listado. Existe la tentación de creer que el acontecimiento de Cristo podrá “resplandecer” si antes “arreglamos” la relación entre nosotros. Muchas veces nos reclamamos al hecho de que «el método es siempre el del inicio», nunca cambia, pero la tentación de cambiar de método es grande. ¿Por qué? Al principio hay una fascinación, esa belleza de Cristo que encuentras en los rostros de la compañía a través del movimiento; luego das un paso atrás y es como si hubiera que proceder con un orden, una regla, un plan nuestro. Es como si creyéramos que la belleza del inicio renace de un “equilibrio” que nosotros generamos, de una capacidad nuestra de sostener las relaciones y las cosas. Mi pregunta es: ¿por qué decaemos, por qué cambiamos de método, por qué damos un paso atrás? ¿Qué nos impide estar en la posición inicial? ¿Es una cuestión moral? ¿Es un problema de distracción, de falta de atención? Resumiendo, ¿por qué decaemos del acontecimiento a una organización?*

Me parece que esta cuestión, que ya planteabas antes de la llegada del coronavirus, nos afecta a todos en cualquier momento de nuestra vida, más aún en este momento. Es una cuestión que considero decisiva porque marca el paso del primer al segundo capítulo de *Crear huellas*. Como has dicho, el acontecimiento genera una fascinación pero luego, con el tiempo, es como si esa fascinación decayera y entonces hiciera falta un esfuerzo por nuestra parte para “arreglar” las cosas. Como si el paso que representa el primer capítulo no permaneciera, y entonces tuviéramos que empeñarnos con todas nuestras energías para poner en orden las relaciones. Debemos hacer las cuentas con esta situación, porque si ya en el primer escollo, en el paso del primer capítulo al segundo, hemos visto que nos

salimos del camino, imaginaos delante de los desafíos que tenemos que afrontar ahora. Por eso, la cuestión que planteas es decisiva, porque debemos comprobar si todos nuestros intentos consiguen generar esa unidad inicial que nos fascinó y que hemos perdido. Vemos constantemente que nuestros esfuerzos no llegan muy lejos. Por tanto, preguntémonos: ¿dónde vemos que vuelve a suceder esa fascinación por un acontecimiento que no logramos sustituir con nuestros intentos? Solo así podremos comprobar si permanece o no.

*A partir del trabajo de la Escuela de comunidad, me he dado cuenta de que a lo largo de mis jornadas me venía a la cabeza esta frase: «La compañía de los creyentes es signo eficaz de la salvación de Cristo para los hombres; es el sacramento de la salvación del mundo» (p. 55). Esta afirmación me ha provocado mucho porque, por un lado, no me deja espacio para trampear: o vivo muy concretamente esta experiencia de salvación o no la vivo; no hay explicación teórica que valga. Por otro lado, toca un tema que me afecta especialmente. De hecho, acabé la universidad hace unos meses y mi relación con «la compañía de los creyentes» ha cambiado, agudizando mi necesidad de redescubrir la verdad de esa afirmación de Giussani. A propósito de esto, quería contar lo que he aprendido. Una mañana recibí dos noticias muy positivas e inesperadas relacionadas con mi trabajo. Luego fui a mi estudio y me puse a trabajar, pero sin esmero, más bien con cierta aversión y hostilidad, como vencido por una cerrazón ante las cosas. En esta situación, recibí una llamada de mi novia. Respondí de muy mala manera porque me pillaba sin nada entre las manos; luego sentí un dolor inmenso al constatar que no soy capaz de ser yo mismo, ni delante de mí mismo ni de las personas a las que quiero, aun deseándolo. Al colgar, lo primero que pensé es que el problema era la relación con ella, que tenía que arreglar la relación con ella; pero eso no duró ni un segundo, la llamada había hecho demasiado evidente que no tenía ningún recurso a mi alcance para “resolver” nada, ni en mí ni en ella. Fue entonces, delante de la pregunta «¿qué me salva entonces?», cuando estalló con toda su provocación la frase de la Escuela de comunidad que he citado, y me preguntaba: «¿La compañía de los creyentes es “verdaderamente” signo eficaz de la salvación de Cristo para los hombres?». Aquella noche, una amiga con la que compartí los años del CLU me había invitado a cenar a su apartamento. Fui, con mi herida y con la provocación de la Escuela de comunidad. La cena fue muy sencilla, tanto que pensaba: ¿cómo va a ser esta la salvación de Cristo para los hombres? Pero como no disponía de muchos recursos ni grandes discursos que hacer, me quedé allí mirando. A lo largo de la velada, muy sencilla, salió a la luz una última resistencia por mi parte a ser salvado por alguien que no fuera yo mismo. Se vio enseguida cuando, al terminar la cena, mi amiga me preguntó cómo estaba. Empecé a responder como si, con mi discurso, tuviera que “compensar” mi herida. Es decir, quería saltarme el paso del acontecimiento, sustituyéndolo con mis razonamientos. Sin embargo, cuanto más lo intentaba, la presencia de mi amiga se iba volviendo cada vez más extrañamente autorizada. Aunque solo me escuchaba en silencio, el hecho de que estuviera ahí, delante de mis ojos, era un reclamo a no hacer trampas con mi corazón, a no contentarme con mis pensamientos. Tanto que en un momento dado, aunque con fastidio, tuve que parar y decir: «¡Sé que me estoy engañando!». La primera sorpresa fue que, al admitir que todavía necesitaba ser conquistado, por primera vez en toda la noche sonreí, me sentía como liberado de un peso. Por fin respiraba. Después de una jornada huyendo de mí mismo, delante de ella sucedió el primer milagro: poder estar delante de mi necesidad de ser conquistado por Cristo (y no por mí mismo), sin huir ni buscar otras vías con mi propio esfuerzo. Su presencia se transformó, pasó de ser un fastidio a un gesto de ternura conmigo; pero no una ternura de ella, sino a través de ella. Delante de mi amiga, al verme tan liberado, recordé un detalle. Al contarle mi tarde, mi dificultad y mi herida, me salía espontáneo decir que había estado solo toda la tarde. Pero no era verdad, porque mientras trabajaba estaba presente otro chico con el que comparto el estudio. Este detalle, aparentemente banal, me hizo ver que no con todos la relación o el compartir la misma estancia es una compañía que salva. De hecho, la autoridad que tuvo la presencia de mi amiga no era suya, procedía de la experiencia de los años previos, de la vida cotidiana en la universidad, y eso me hizo experimentar esa misma noche lo que Giussani quería decir con aquella frase.*

Nosotros no podemos “arreglar” –es importante darse cuenta de esto– ni siquiera la relación con la persona amada, ¡imaginaos el resto! En cambio, cuando sucede un acontecimiento que suscita una fascinación, no necesitamos sustituirlo inmediatamente después con nuestros razonamientos, basta sencillamente con rendirse a la evidencia de haber sido conquistados por Cristo. Pero, justamente como decías, no todas las relaciones logran conquistarnos, no todos tienen una autoridad (es la palabra que has utilizado) tal que nos conquiste. Por eso, insisto, debemos partir siempre de la experiencia. ¿Dónde sucede?

*Me ha llamado la atención lo unidos que están los dos primeros capítulos de la Escuela de comunidad. Me impresionaba la frase: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (p. 56). A pesar de haberla oído tantas veces, me he dado cuenta de que yo no vivo la compañía con esa conciencia. Y se me ha quedado dentro. Leo en el segundo capítulo: «Es este hombre el que vuelve mi vida capaz de vivirse en compañía [...], agarrándome y llevándome adentro de sí mismo, asimilándome a su personalidad, haciendo que me convierta en miembro de su cuerpo, por medio de la acción de su Espíritu» (p. 61). Hace unos meses, tuvimos una cena muy sencilla en nuestra diaconía con un sacerdote que me llamó muchísimo la atención porque, dentro de una normalidad absoluta, en aquella cena pude ver a alguien aferrado por Cristo. Me di cuenta de que su presencia generaba inmediatamente una unidad nueva entre nosotros: formalidad cero, extrañeza cero. Pude constatar lo que dice la Escuela de comunidad sobre el vínculo con el acontecimiento. Cuando uno es aferrado por Cristo se genera alrededor una comunión real, por la que todos pueden dar gracias por lo que sucede. Otro hecho que me está provocando mucho es mi grupo de Fraternidad. Llevamos juntos treinta años y en los últimos años han muerto dos de los nuestros. Esta circunstancia nos ha hecho recuperar una profundidad en nuestra amistad, ha sacado a la luz toda la necesidad que tenemos, y eso ha cambiado las relaciones entre nosotros, sobre todo ha puesto en evidencia el hecho de que somos un don los unos para los otros. Pensando en tu insistencia –en la carta que mandaste a la Fraternidad a principios de enero– sobre la virginidad, algo que siempre me ha costado entender, empiezo a intuir poco a poco que la virginidad es la verdadera posición para vivir la compañía, porque reconoces que el otro te es dado; entonces participas de un acontecimiento y de una compañía en vez de preocuparte por gestionarla (pienso también en mi responsabilidad en la comunidad o en mi trabajo como directora). Puedo participar de una belleza que me viene dada de manera absolutamente gratuita. Creo que debo custodiar esto y basta, no hay mucho más que hacer.*

Siempre me sorprende, cuando contáis vuestra experiencia, cómo dejáis emerger algo que podemos encontrar luego en el texto de la Escuela de comunidad, y así hacéis que tenga valor para todos. De hecho, en la intervención anterior se decía que no todas las relaciones logran generar esa unidad, lo cual nos permite ver el fracaso de nuestros intentos por “sostenerlo”. Citabas ahora el «¿por qué me persigues?», que has oído tantas veces, confesando que nunca habías vivido la compañía con esa conciencia. ¿Dónde lo has visto suceder? En un momento dado, has citado a una persona, un amigo sacerdote. Su presencia en aquella cena generó inmediatamente una unidad. No eras tú quien la generaba, ni los que estaban contigo, cada uno con su propio esfuerzo. Esto me sorprende y es preciosísimo, porque documenta ante todo que el acontecimiento solo permanece como acontecimiento. No es que el acontecimiento se dé al inicio y una vez que ha sucedido nosotros tenemos que gestionarlo o apañarlo. No es así, hasta tal punto que, cuando lo ves suceder, no te preocupas de gestionarlo –ya sea el grupo de Fraternidad o la comunidad–, sino solo de secundarlo. Y eso es espectacular porque dice cómo permanece el acontecimiento. ¿Cómo pone don Giussani ante nuestros ojos su forma de secundar, de manera única, la modalidad con que el Misterio hace las cosas, que luego también podemos descubrir en nosotros? Dice que la compañía tiene una ley generadora, que es fundamental sorprender en su momento original, exactamente igual que has hecho tú: «El advenimiento de este organismo que Dios ha suscitado para que sea dentro del mundo el punto de reclamo [...], el punto de partida y el resultado de todo, tiene una ley generadora que es también la de su desarrollo», la de su permanencia. ¿Cuál? «La ley de la elección» (p. 63). Pasa a través de uno, que no decidimos nosotros alrededor de una mesa, sino que elige Él. Es el mediador, es decir,

«hace que todo lo que hay en su ámbito sea para Cristo» (p. 69) y genera una unidad sorprendente, como la generada por este amigo sacerdote. Esta exigencia de unidad que todos tenemos se hace posible, dice Giussani, por el hombre elegido, el hombre llamado. Hasta el punto de afirmar que se puede llegar a ser una sola cosa con los demás por la gracia de un acontecimiento. «Es este Hombre el que vuelve mi vida capaz de compañía», es Él quien lo hace suceder. ¿Cómo? «Agarrándome y llevándome adentro de sí mismo, asimilándome a su personalidad» (p. 61) a través de quien Él quiera. No decidimos nosotros cómo sucede, nosotros solo podemos secundarlo constantemente cuando lo vemos suceder. De otro modo, al pasar del primer al segundo capítulo de *Crear huellas*, cambiamos de método, decidiendo nosotros la modalidad de su permanencia. ¡No! Es siempre Él quien lo hace suceder, según una modalidad carnal, histórica, precisa, que Él elige.

*Leyendo tu texto sobre la soledad («Fe y soledad», Huellas, n.2/2020, pp. 12-21), he entendido mejor lo que hablábamos la última vez, que hay dos maneras de vivir la oscuridad y la soledad. Después de una época dura y complicada por el trabajo, los achaques físicos y sobre todo el recrudescimiento de ciertas tensiones en relación con una persona querida, me he encontrado totalmente al desnudo en mi fragilidad y debilidad; y he vivido ciertos momentos de soledad en que el fracaso, el error, las contradicciones parecían ser realmente la última palabra sobre mi vida. El pensamiento más terrible que me surgía en esos momentos era: «Cristo ha vencido en todo excepto en mí». Cuando me dijiste que hay que hacer un trabajo sobre el instrumento del pensamiento, aprender a usar la razón en toda su potencia y amplitud, me di cuenta de golpe de que yo había vivido de otra manera la soledad, la impotencia y la oscuridad, hasta el punto de que lo que tú me decías me sonaba familiar. Pero no lo había custodiado, hasta que me dijiste aquello. Esa manera positiva de vivir la oscuridad como ocasión y provocación para dejar que mi yo saliera a la luz todavía no la había hecho realmente mía, aún no era consciente en mí como autoconciencia. De ese modo fui consciente de una experiencia que ya había vivido. Y así comprendí mejor que esta es la compañía de la que habla Giussani en el capítulo de la Escuela de comunidad que estamos trabajando. Es Cristo, es precisamente Él quien permanece en la historia y en mi vida, personal y realmente, a través de un lugar, de rostros y de fisonomías humanas muy concretas, que hacen redescubrir toda la grandeza de mi yo, que vuelven a poner en marcha mi afecto y abren de par en par mi razón. La compañía no puede atravesar la oscuridad y la soledad por mí. Pero sin este lugar, sin lo que mis ojos ven suceder aquí, sin tus continuas provocaciones y sollicitaciones, yo sucumbiría a la oscuridad. Luego, mientras hablábamos, intuí también que esta posibilidad de no sucumbir a la oscuridad y a la ausencia de significado es la mayor contribución que puedo ofrecer al mundo, es la verdadera compañía que puedo hacer a otros. En ciertos momentos de especial dificultad, pensaba: «aquí estoy yo, totalmente atascado en mí mismo, sin dar ninguna contribución al mundo ni a mis hermanos los hombres». Pero luego, al oírte hablar, cuando se me volvieron a abrir los ojos, me preguntaba: «¿Qué es lo que el mundo necesita realmente ahora, en un tiempo en que el nihilismo parece avanzar imparable?». Entonces comprendí que la mayor contribución que podía dar al mundo era precisamente dejar entrar una Presencia gracias a la cual yo pueda volver a empezar a decir «yo» dentro de la oscuridad, reconociendo incluso esa circunstancia tan complicada como dada por Otro, y venciendo así a la nada.*

Es como si nos estuviéramos preparando para el desafío del coronavirus, la soledad que hemos tenido que afrontar y la oscuridad que se ha difundido de tantas maneras. Por eso ni a ti ni a cualquiera de nosotros se nos ahorra la trayectoria del conocimiento que has descrito. Como tampoco Jesús se lo ahorró a los discípulos. Una compañía entre nosotros que no se comporta como Jesús no es verdadera compañía y al final Jesús queda fuera de nuestra manera de mirar la vida, una manera incapaz de desafiar a la oscuridad a la que Él ha venido para dar respuesta. Vemos así la densidad de lo que dice la Escuela de comunidad: el encuentro con Cristo se convierte en «un hecho real» en el Bautismo. ¿Pero qué sucede en el Bautismo? Nada mecánico ni aislado en el tiempo; es sobre todo un inicio, un hecho en el que Cristo, «como *vir pugnator*» ha entablado «una lucha por invadir nuestra existencia» (p. 76). ¿Cómo podemos comprender la profundidad y el alcance histórico del Bautismo? «Se

empieza a comprender cuando se produce el encuentro con una compañía cristiana viva [atención al adjetivo]» (p. 77), porque sin una compañía cristiana «viva», que despierte en nosotros la memoria del acontecimiento inicial y nos haga percibirlo con toda su densidad, al final no podremos evitar quedarnos en la oscuridad o atascados en las circunstancias. Por tanto, el Bautismo, a través de una compañía cristiana viva, «nos hace comprender que la vida es un combate para afirmar a Cristo» (p. 77).

*Quisiera compartir la experiencia de estos días en que la realidad es una realidad que golpea, con compañeros y amigos enfermos o que pierden a sus familiares, personas que pierden la vida. En la cotidianeidad de todos los días, quien más y quien menos tiene miedo y preocupación, por uno mismo, por los padres y familiares. Pero esta realidad no golpea solo por esto. Golpea por cómo provoca las preguntas del corazón, las preguntas últimas del corazón que no puedes eliminar, que son ineludibles y que en el fondo ponen el centro de nuestra atención en la fe. He experimentado que el virus, la experiencia de este momento, pone todo en cuestión. Especialmente, me impresiona oír todos los días hablar de lucha, guerra y batalla, personas que luchan por su vida y por la de los demás (médicos y enfermeros), que luchan por salvarlos. Solemos usar estos términos para definir circunstancias habituales como el trabajo, a veces la familia y la relación con los hijos. Pero en mi vida la verdadera batalla solo comenzó cuando di mi primer «sí» a una cierta compañía, porque solo ese «sí» volvió mi vida realmente combativa, hizo de cada instante, después del primer encuentro y de la sucesión en el tiempo de mis «sí» y mis «no», una batalla. ¡Es la batalla por la afirmación de Cristo! No consigo encontrar otras palabras. Esta es mi batalla cotidiana también estos días en casa con mis seres queridos, al teléfono con mis amigos o por videollamada con mis compañeros. No puedo evitar reconocer esta evidencia. Y no se trata de un esfuerzo. Yo no hago nada. Solo puedo decidir, cuando me doy cuenta, dejar espacio a esta presencia en mi vida. Cuento un episodio. El otro día estaba en una de las mil videollamadas de estos días con una compañera y en un momento dado ella me hace una pregunta sencilla, que también solemos hacer en condiciones normales: «¿cómo estás?». Estaba empezando a responder: «Bien, ¿cómo iba a decir otra cosa?», cuando ella me dijo: «¡Para! Es inútil que sigas. Lo he entendido. Se nota que tu conciencia porta un bien, un bien para ti y para todos los que están contigo, incluso en el trabajo». Me quedé un poco sorprendido porque ella veía más claro que yo lo que estaba pasando y pasa todos los días en mi vida. Yo no puedo, ni queriendo, definir el acontecimiento, pero estoy definido por él. El acontecimiento me define, mi relación con Cristo, de la forma que Él elige y que determina mi vida hoy. Porque todas las veces que en mi vida he dicho «sí», he vivido de verdad. En cambio, cuando no lo digo, no vivo de verdad. Vivo de verdad cuando dejo que sea Él lo que predomine. Esta es una certeza en mi vida pero no quita ni elimina el drama de las circunstancias. Sin embargo, con esta certeza hay algo que se me hace más evidente: solo la fe me permite vivir humanamente, con una alegría última delante de cada aspecto de la realidad (por bonito o feo que sea). Es lo que me está pasando también ante esta epidemia. Solo la fe, una fe que incide en el presente, me puede arrancar de la nada. Este es el gran desafío que estoy viviendo estos días: experimentar la pertinencia de la relación con Cristo con las exigencias de mi vida, en cualquier circunstancia. Por eso doy gracias, a ti y a la compañía del movimiento que he encontrado, porque sostenéis mi razón, mi corazón y mi fe.*

Esto es lo que vemos expresado en la Escuela de comunidad. «El florecimiento de semejante humanidad excepcional se inscribe en la misma dinámica que genera esa compañía nueva que es la Iglesia. Cristo llama a algunos para que todos caigan en la cuenta de su advenimiento». Te ha pasado sin que ni siquiera te dieras cuenta, tu compañera te lo ha testimoniado. Esta es la dinámica generadora, que a veces nos parece injusta. «Él llama a todos [...] pero con un método que va implicando con Él a una persona tras otra». «“Elegidos”. [...] Este término indica el fundamento de todo» (p. 72), dice Giussani, es decir, el hecho de que Él, al llamarnos, hace salir a la luz una humanidad diferente, «una humanidad excepcional, impensable» (p. 72).

*En el trabajo de estas semanas en nuestro grupo de Escuela de comunidad, ha surgido una pregunta que queríamos hacerte para que nos ayudes a tomar en serio este paso. ¿Cómo podemos reconocer el alcance que tiene este ser elegido, enviado? Nosotros pasamos enseguida a lo siguiente: ¿cómo vivir esta elección? Pero el primer paso es la conciencia de ser uno con el Padre. ¿Esta toma de conciencia y ponerse de rodillas ante este reconocimiento es lo que me permite entrar cada vez más en la familiaridad con Él?*

Es facilísimo reconocer la diferencia que porta quien ha sido elegido –se dan cuenta hasta los extraños, como acabamos de oír hace un instante–. De hecho, Él nos da a conocer a los que ha elegido para introducirnos en el combate y en el florecimiento de la vida haciéndolo suceder delante de nuestros ojos. Por tanto, basta solo con estar atentos a interceptar a las personas que Dios elige para llegar hasta nosotros.

*«El Misterio de Dios [...] vibra [...] dentro de las preferencias humanas, porque la preferencia humana es una sombra de la elección que lleva a cabo la libertad de Dios», dice la página 75. Sentí vértigo al leer estas palabras. Inmediatamente me pregunté: «¿Pero aquí Giussani está hablando de cualquier preferencia humana? ¿O solo de la elección de Dios cuando llama a alguien a su Iglesia?».* Esta pregunta me ha hecho vivir las relaciones con más atención y cuidado, incluso las que más me cuestan en este momento. Sobre todo, me he dado cuenta de que la separación entre sagrado y profano, es decir entre preferencia cristiana y preferencia humana, se me quedaba corta. Porque mi corazón es uno, mi persona es una y la realidad que vivo es una. Entonces empecé a mirarlo todo, toda mi experiencia, partiendo de las relaciones que más me sostienen. Un sábado por la mañana, hace más de un mes, mi jornada comenzaba, después de una mala noche por encontrarme mal, desayunando con una amiga. Hablamos de lo que más nos preocupaba, de lo que más nos desafía, y me correspondía de tal manera que me sentí liberada. Hubo un momento en que me sentí literalmente arrancada de la nada, llamada por mi nombre, amada por Alguien que me conoce muy bien. Así que retomé con ella estas palabras de la Escuela de comunidad, que me estaban sucediendo en ese momento, en ese desayuno, en ese bar. «No había más que la nada, todo era nada, pero, más concretamente, tú y yo éramos nada: la palabra “elección” marca el límite, el umbral, entre la nada y el ser. El ser brota de la nada por designio, por elección: no existe otra condición que pueda proponerse, no se puede pensar una premisa distinta de esta. La designación y la elección son pura libertad del Misterio de Dios en acto, la libertad absoluta del Misterio expresándose» (pp. 74-75). Se lo leí con lágrimas en los ojos, pues para mí ella era en ese instante el rostro del Misterio que, eligiéndome, me arrancaba de la nada. ¿Y qué pasa con las relaciones donde esa correspondencia no es tan evidente? Si una preferencia me saca de mí y me hace ser más yo misma, es decir, me hace estar viva y presente ante mí misma, ¿es un bien para mí y para el mundo entero! En cambio, eso no pasa cuando vivo una relación buscando solo mi complacencia o un placer. Entonces lo que sucede es que me cierro en esa relación, apoyándome en un sentimiento en vez de en una verdad. ¡Es demasiado poco! De hecho, enseguida se vuelve asfixiante. Entonces me dan ganas de vivir estas amistades de manera verdadera, es decir, deseando que mi destino y el de la otra persona se cumplan. Cuando un hecho –como el que has contado– nos saca de la nada en que solemos vivir, inmediatamente vemos la diferencia, y en ese momento comprendemos realmente esa frase de Giussani: «No había más que la nada, todo era nada [...] tú y yo éramos nada: la palabra “elección” marca el límite, el umbral, entre la nada y el ser. El ser brota de la nada por designio, por elección» (pp. 74-75). Lo que marca la diferencia entre el ser y la nada es justamente esta elección, que reconocemos existencialmente cuando sucede lo que has contado; no cuando tú decides, tú solo puedes interceptarlo cuando sucede. En ese momento está en juego toda nuestra libertad: si secundamos esta modalidad a través de la cual el Misterio nos ha elegido, con Su libertad, para arrancarnos de la nada, o si buscamos nuestra complacencia. Para venir a nuestro encuentro, el Misterio se ha servido de una gracia particular, es decir, del carisma dado a don Giussani. Lo vemos por la fascinación que ejerce sobre nosotros y por cómo nos libera de la nada que invade nuestra vida. Cualquiera tiene la posibilidad de captarlo, de sorprenderlo –como testimoniáis en lo que escribís

sobre cómo estáis afrontando el desafío del coronavirus—. Me escribe una persona: «Sin el carisma del movimiento, mi familia y yo no podríamos vivir esta circunstancia humanamente y no como esclavos». ¿Por qué es decisivo esto? Porque el Misterio quiere responder a la necesidad más urgente que tenemos en este preciso momento. ¿Cuál?

*Leyendo la Escuela de comunidad, hay una palabra, una frase, que no logro entender, ni siquiera concebir: «Nada es, por tanto, más engañoso que la voluntad de estar solos o de mantenerse solos. Efectivamente, el hombre está mal en la soledad, se rechaza a sí mismo; únicamente si están presentes otros, propiamente como dimensión de la vida, entonces, aunque la vida no resulte por esto más completa, uno al menos la vive, la acepta» (p. 60). Esta última palabra es la que no consigo entender. No me basta alguien que me ayude a aceptar la vida (que me diga: «Bueno, tú al menos eres religioso»), no me basta alguien que simplemente me haga compañía, quisiera Alguien que dé un sentido a esta soledad y me ayude por tanto a encontrar un sentido a todo lo que hago. Te pido que me ayudes a entender o, al menos, a darme cuenta de dónde me equivoco.*

No, no te equivocas. Precisamente porque la soledad vuelve a despertar en ti esta urgencia de sentido, podrás interceptar —si estás atento— a ese Alguien que da sentido a todo, donde y cuando sucede. Encontrarlo, como dice Giussani, no es cuestión de inteligencia, sino de atención. Por eso no quiero responderte teóricamente, quiero ponerte delante cómo Él hace que suceda.

*El pasado lunes por la mañana, al despertarme temprano, tuve un momento de conciencia y me dije: «Verdaderamente no me falta nada para vivir». Ni siquiera el virus y la cuarentena pueden impedirme reconocer la luz que ilumina mis jornadas. Para mí, tu artículo en [elmundo.es](http://elmundo.es) y tu carta a la Fraternidad han sido un verdadero acontecimiento, como un torbellino que ha apartado cualquier posible sentido trágico de esta situación dramática. Desde ese momento no he podido mirar nada de lo que sucedía y me sucedía más que como una misteriosa posibilidad de conversión. Con el cierre de los colegios, empecé a dar clase por videoconferencia y todas las mañanas sucede algo sorprendente. Una de las primeras semanas los compañeros discutíamos hipótesis de cambios de horario. Así que pregunté a uno de mis grupos si sería un problema desplazar la clase de primera hora de la mañana hasta la tarde, si fuera necesario. De repente un alumno respondió: «¡No, por favor! Quiero tener su hora la primera porque me da energía para todo el día». No pude evitar pensar en las palabras de la Escuela de comunidad: «Nuestro yo pertenece a este “Cuerpo” que es la compañía cristiana y que le proporciona el criterio último para afrontar todas las cosas. Dicha compañía es, por lo tanto, el único modo de capacitarnos para abordar lo real, para tocar lo real y volvernos realistas» (pp. 80-81). Así es. No solo para mi alumno, también para mí, que cada día necesito el diálogo con Él que, «como el alba [...] tiñe de manera distinta la franja extrema del cielo» (p. 80), en primer lugar dentro de mí. «Esta es la victoria que vence al mundo: la fe» (p. 79). Esta es la compañía que necesito, una presencia que me empuje a vivir. «La vida adquiere así un nuevo significado y una nueva unidad. [...] Solo cuando experimentamos esta cohesión empieza a alborear en el horizonte de nuestra conciencia la percepción del significado positivo que, a pesar de todo, tiene el tiempo, es decir, únicamente entonces comienza la percepción de que hay algo más grande y más fuerte que el mal y más poderoso que la angustia del presente» (p. 82).*

Igual que ese alumno ha encontrado el sentido de su vida —hasta el punto de pedirle a su profesor que mantenga su clase a primera hora porque le da significado y energía para todo el día—, nosotros también podemos interceptarlo si prestamos atención a cómo el Misterio sale al encuentro de nuestra vida. Lo vemos suceder también en los hospitales, donde la lucha por el significado emerge con toda su potencia; no solo le pasa a los demás, también a nosotros gracias a los demás.

*Te cuento un episodio muy sencillo que he vivido estos días de trabajo muy intenso en el hospital. Fue ayer, en una de las pocas pausas de trabajo, cruzando dos palabras con un colega. Trabajamos en dos unidades distintas de reanimación y él me buscaba para compartir conmigo este pensamiento suyo: empezó sin rodeos, diciendo que en este periodo tan intenso y complicado que estaba viviendo*

*veía claramente quién estaba sostenido por una certeza, y lo llamó exactamente fe. ¡Usó esas palabras tal cual! Me quedé de piedra, primero porque nunca lo hubiera esperado de él y, segundo, yo no me había dado cuenta, solo estaba concentrado en mi actuación profesional, como relegando a Cristo a la oración matutina, sin reconocerlo como Aquel que sostiene toda la jornada –de hecho, sin Él sería imposible la idea de levantarse por la mañana todos los días para adentrarse en medio de muerte y sufrimiento–. Por eso mi oración ahora es que se me dé esta frescura en la mirada, para poderlo reconocer en acto en esta realidad tan difícil. Si alguien se ha dado cuenta mirándome, ¡me gustaría darme cuenta yo también!*

Me sorprende que lo que le interesa a tu colega es encontrar lo que puede sostener la vida cuando está trabajando. A ti te preocupaba tu actuación profesional, pero lo que a él le interesa de ti es lo que te sostiene por dentro: una certeza. Es impresionante porque es lo que dice Giussani en estos capítulos preciosos de la Escuela de comunidad, es decir, que la tarea del que es llamado consiste en «introducir a la humanidad en una relación definitiva con el misterio de Dios» (p. 74), es decir, introducir a los demás en una familiaridad con Cristo. Esto es lo que necesita tu colega y por eso está atento a interceptar quién está sostenido por una certeza –aunque sea un desconocido– y lo descubre en ti justamente por cómo vives el trabajo. No necesita ir a buscar esa certeza entre los que van a la iglesia, le basta con interceptarla entre aquellos con los que trabaja codo con codo, y ahí es donde ve que Cristo permanece como acontecimiento presente. Es impresionante porque de este modo, reconociendo quién tiene esta certeza, te la devuelve a ti, a nosotros. Tú pides justamente en tus oraciones la frescura de la mirada de tu colega, pero no te das cuenta de que ya está invadiendo tu vida, hasta tal punto de que el otro se da cuenta y te lo hace reconocer. Dios te da a uno que, con su mirada, con su conciencia, te devuelve esa frescura, para que tú también seas consciente de que se la has comunicado.

*A la luz de la experiencia de este mes (rico en acontecimientos que no me detengo a relatar), este mes que nos ha sido dado de un modo inimaginable, me doy cuenta sobre todo de la pobreza e impotencia que se han generado en mí. No he podido hacer otra cosa que “pegarme” a tu carta a la Fraternidad. Me pareció realmente, desde el principio, la humilde ofrenda por tu parte de una experiencia necesaria para poder vivir. Comprendí que esta paternidad no me es debida –lo volví a entender con ocasión de tu reelección como presidente de la Fraternidad–, y esta paternidad también forma parte de mi relación con el Misterio. Siguiendo el camino como todos, me doy cuenta de hasta qué punto no podemos dar por descontada esa autoconciencia de la que hablas. En realidad, la carta me descolocó ya desde la primera página, cuando hablaba de la necesidad de «vivir intensamente lo real», frase que he oído mil veces. Pero estos días he entendido que esa intensidad es ante todo una intensidad que acoger. Como dice precisamente el capítulo décimo de El sentido religioso, «se trata de una pasividad que constituye mi actividad original, que es precisamente recibir, constatar, reconocer» (p. 147), antes que todo lo demás. Con las dificultades cotidianas para resistir y mirar el impacto de lo que sucede últimamente, me doy cuenta de que la irrupción del Misterio en nuestra vida barre esa inevitable «grosería», como dice Pasolini en el cartel de Pascua. Qué experiencia siempre sorprendente, siempre «otra», porque nos habla de otro, de otra diferencia, de otra fuerza, pero también de otra ternura. Es la ternura que más me llama la atención de Dios, sus ganas de que le conozcamos, a pesar de todo, a pesar de que somos unos pobres hombres. Así me hace renacer ahora. Por eso empiezo a conmoverme ante la pregunta que nos has enviado: «¿Qué nos arranca de la nada?». En este camino también he empezado a entender mejor la frase de la Escuela de comunidad que estos meses nos has repetido tantas veces: «Un encuentro, si es totalizador, se traduce en una forma y no solamente en un ámbito nuevo de relaciones» (p. 41). Viviendo esta situación, he visto que el encuentro como ámbito de relaciones solo alimenta la discusión, tan abundante e inútil estos días (también por redes sociales o mensajes), mientras que el encuentro como forma de todo ayuda a vivir, da forma a lo que se te pide vivir, sea lo que sea. En este camino se profundiza día tras día el alcance de mi «sí», cada día y cada hora. Empiezo a entender que es un «sí» vertiginoso y único al mismo tiempo, también porque yo no soy solo el conjunto de ideas que tengo sobre mí mismo,*



*soy el hecho presente de Su iniciativa sobre mí. Me gustaría, Julián, que nos ayu­daras a profundizar en esto, ¿qué contenido tiene para ti el «sí» que nos pides en tu carta?*

El contenido de nuestro «sí» es lo que estamos viendo esta noche de una manera tan sencilla, según la modalidad con que los demás lo reconocen en nosotros y nos lo señalan. Muchas veces podemos vivir distraídos, pero los demás se dan cuenta del valor de nuestro «sí» por cómo lo interceptan en nuestra vida, y nos documentan cómo les sostiene verlo suceder. Por eso, mi «sí» es como el «sí» de cada uno de vosotros, en la situación en que Dios nos pone. Unos, como nuestro amigo médico, deben decirlo en la planta de un hospital, otros en clase, otros en familia, yo en casa. La circunstancia que nos encontramos no decide el valor del «sí» de cada uno, no reduce su valor, porque allí es donde el Misterio nos llama a responder. Cómo usará el Misterio este «sí», es su problema. A nosotros nos toca responder con este «sí», porque es la modalidad con que Él convierte este «sí» en un bien para todos. Me ha llamado la atención leer justo estas semanas el libro del mes, que cuenta la historia del cardenal Van Thuan (T. Gutiérrez de Cabiedes, *Van Thuan. Libre entre rejas*, Ciudad Nueva, Madrid 2016). Habiéndole permitido el Misterio verse obligado a renunciar a todo, aislado (como estamos aislados ahora nosotros en muchos momentos), despojado de todo, nada pudo impedir que su «sí» a Cristo llegara a ser potente como para cambiar a todos los guardias encargados de vigilar su persona, hasta el punto de que tenían que cambiarlos continuamente; de este modo continuaba su misión. Toda la potencia de su «sí» adquiría valor, un «sí» que inicialmente le parecía inútil porque no le permitía ser útil para el mundo como él tenía pensado. Pero el Misterio había elegido otra modalidad para hacerle ver cuál era su utilidad.

Para aclarar en qué consiste esta utilidad, terminé leyendo la carta de una chica de dieciséis años que, por problemas de salud, está aún más aislada de todos y de todo. Escuchad lo que ha escrito a una de las personas mayores que acompaña a los bachilleres de su ciudad.

«La llegada de la pandemia me ha encerrado en casa. Como todos, he sufrido la falta de todo, pero para mí hay algo más en juego. Con mi enfermedad, si contrajera el virus, podría morir. Es algo real. Creo que la experiencia de estos años y la amistad contigo [escribe a su amiga] me permiten no derrumbarme. Aunque atenazada por el miedo, he tratado de vivir todo seriamente cada día, pero mi oración seguía siendo esta petición: que todo esto acabe pronto. Tú dices que nos has descuidado. Yo digo que, aunque lo que hagas no lo hagas con nosotros, estás con nosotros más potentemente que antes [¡lo escribe una chica de dieciséis años!]. Algo más grande se ha dado a conocer de la manera más sencilla posible, es decir, haciendo suceder hechos que poco a poco han llenado de una extraña alegría mi corazón enfermo de miedo. Es A/alguien [con mayúscula y minúscula en la misma palabra] que tiene el poder de liberarme de la angustia porque quiere hacerme respirar la vida, la vida que hay incluso ahora y que he visto en vosotros. Lo sé porque yo antes estaba en casa para no arriesgarme a morir, para no perder el aliento. Ahora estoy en casa para vivir, vivir. Estar en casa ya no es defenderme de una amenaza, sino el lugar en que espero que me alcance la verdadera vida. Ha cambiado todo, desde mi manera de vivir las clases a distancia a mi modo de mirar a mis amigos. “Sí, porque Él está aquí”. Escuchando lo que nos cuentas, viendo tus post en las redes sociales, cuántas veces he deseado poder estar ahí, pero enseguida pensaba que no me puedo exponer [al riesgo del coronavirus, debido a su enfermedad]. Pero nunca me he enfadado ni apenado porque ya disfrutaba lo que veía suceder en ti. Vivir esta nueva situación con la misma mirada de siempre era difícil, pero no imposible. Difícil porque no basta con repetir palabras positivas. No imposible, porque basta tan solo con que vuelva a suceder, y hoy ha vuelto a suceder. La verdadera alegría reside en dar la vida por la obra de Otro, y la primera obra soy yo, que he dejado que alimente mi humanidad el Único que lo puede hacer».

Así es como Cristo vuelve a suceder y permanece en la historia. Es lo que celebramos ahora, haciendo memoria de ese «sí» que cambió el mundo. Aparentemente celebramos una derrota; inicialmente nadie entendía por qué daba la vida, ni siquiera sus discípulos, pero nadie pudo distraerlo de secundar el designio del Padre. ¿Por qué? Porque Jesús sabía que solo si el grano de trigo cae en tierra y muere, puede dar fruto. Ese es nuestro «sí». Es lo que celebramos el Jueves y Viernes Santo, esperando ver el fruto de su resurrección en la vida de cada uno de nosotros. Tenemos la posibilidad –todavía más

en este momento– de identificarnos aún más con Él, secundando un designio que no es el nuestro, para entregarnos a Él en silencio –repito, según un designio que no es el nuestro– por el bien de todos. Espero que este año la Semana Santa no se perciba como un “menos” por el hecho de tener que celebrarla de un modo inusual. Aprovechemos, en cambio, esta situación para identificarnos más con el «sí» de Cristo, que fue y es la verdadera salvación del mundo.

Evidentemente, al no poder participar de los gestos habituales de la Semana Santa, la sugerencia es seguir a través de los diversos medios las celebraciones presididas por el Papa.

Sugerimos también aprovechar la ocasión para retomar en familia los textos del cuaderno que don Giussani siempre propuso para ayudarnos a vivir la Semana Santa, disponible en la web de CL en formato pdf.

La esencialidad de esta propuesta puede ser para cada uno ocasión para ir al fondo de lo que verdaderamente necesitamos para vivir. No nos dejemos distraer por otras cosas, identifiquémonos con Aquel que este año nos llama a vivir la Semana Santa en estas condiciones insólitas.

No pensemos que el Misterio se ha “despistado” y nos toca a nosotros solucionarlo con nuestra genialidad. La manera más sencilla de secundar al Misterio es vivir siguiendo la modalidad que propone la Iglesia y el movimiento.

Especialmente este año, la Semana Santa es una oportunidad única para reavivar en nosotros la experiencia del silencio, como decía don Giussani: «El silencio [...] no es un vacío, es una oración, es la conciencia de estar ante Dios, [...] es una petición" (L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 179).

Fondo común. En estos días tan dramáticos, todos sentimos vivo el deseo de ayudar incluso económicamente a la gente en las necesidades que hay y habrá en el futuro más próximo. Como ya he tenido ocasión de escribiros, don Giussani nos educó para concebir y vivir cada detalle en relación con el todo y en una concepción comunal de cuanto poseemos. Por eso os pido que consideréis muy seriamente el compromiso del Fondo común, de modo que la Fraternidad pueda hacer frente, en la medida de lo posible y teniendo en cuenta todos los factores en juego, a las diversas necesidades que se están presentando y se presentarán.

Difusión de avisos del movimiento. Se ha puesto en marcha una nueva plataforma digital y una App (para descargar en el móvil) para la difusión de los avisos centrales del movimiento. Desde mediados de abril, esta será la única manera de difundir los avisos nacionales y regionales en Italia.

Huellas e instrumentos de comunicación. *Huellas*, la página web y las redes sociales del movimiento son un instrumento muy valioso –lo estamos viendo últimamente– que nos acompaña en el camino de cada día. Muchos de los contenidos que se proponen se pueden compartir con amigos, compañeros, familiares, etc., más aún en este momento.

Como este año no tenemos la posibilidad de suscribirnos ni renovar la suscripción durante los Ejercicios espirituales, os recuerdo que suscribirse a la revista es una manera de sostener toda la actividad comunicativa del movimiento. Por eso, en los próximos días se lanzará una campaña de suscripción.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 6 de mayo, a las 21:00h, en la modalidad que os comunicaremos en función de cómo evolucione la emergencia sanitaria.

Seguiremos trabajando el libro *Crear huellas*, retomando los puntos 5 y 6 del texto: 5. «UNA CONCEPCIÓN NUEVA DE LA INTELIGENCIA Y DEL AFECTO» y «6. UNA MORALIDAD NUEVA», que son especialmente pertinentes en el camino que estamos haciendo en esta circunstancia tan desafiante.

Quien desee enviar alguna contribución sobre su experiencia o preguntas sobre estos puntos puede escribir a la dirección habitual: [sdccarron@comunioneliberazione.org](mailto:sdccarron@comunioneliberazione.org)

Me despido deseándoos, a todos vosotros y a vuestras familias, una feliz Pascua.  
¡Adiós a todos!